

Daniel Tanuro

Capitalismo, decrecimiento y ecosocialismo

El cambio climático es bastante más que un problema ecológico entre otros: la expresión químicamente pura del hecho de que la irreprimible lógica capitalista de acumulación arrastra a la humanidad a destruir el medio ambiente en el seno del cual se han desarrollado las civilizaciones desde hace seis mil años. Evitar el peligro sólo es posible reduciendo radicalmente las emisiones de gas de efecto invernadero, consiguientemente también los flujos de energía y de materias. Los plazos son breves. La enormidad del desafío, la amplitud vertiginosa de las políticas a desplegar, la urgencia de su puesta en marcha y la coincidencia con la crisis económica más grave desde 1929 confieren súbitamente un sentido muy concreto a la perspectiva ecosocialista, a la vez anticapitalista y antiproductivista.

La izquierda no ha concedido la atención necesaria al informe de evaluación hecho público en 2007 por el Grupo de Expertos Intergubernamentales sobre la Evolución del Clima (GIEC). Impresiones superficiales en cuanto al balance decepcionante de la conferencia de las Naciones Unidas en Bali (diciembre de 2007) han desviado la atención de los documentos preparados por los expertos. Sin embargo, las conclusiones que se derivan de éstos tienen implicaciones fundamentales para cualquier proyecto sociopolítico, en particular para el proyecto socialista mundial de satisfacción de las necesidades humanas democráticamente determinadas.

Las conclusiones a sacar del informe del GIEC pueden ser sintetizadas de la forma siguiente:

- los países industrializados deben reducir sus emisiones de gas de efecto invernadero entre el 80% y el 95% de aquí a 2050, pasando por una reducción inmediata del 25 al 40% en 2020 (en relación a 1990);
- los países en desarrollo deben “desviar sustancialmente” (del 15 al

30%) del escenario de referencia “*business as usual*” desde 2020 (2050 para los países africanos);

–las emisiones mundiales deben culminar como muy tarde en 2015 y disminuir regularmente a continuación a fin de ser reducidas entre el 50 y el 85% en 2050 (en relación a 2000);

–el decrecimiento de las emisiones debe proseguir más allá de 2050, hasta la supresión total entre 2060 y el fin del siglo, según las regiones. “Emisiones negativas” (absorciones de CO₂ atmosféricas) podrían incluso ser necesarias para la estabilización del clima.

Un esfuerzo hercúleo

Los informes del GIEC no formulan propiamente hablando “recomendaciones”. Sin embargo, no hay duda alguna de que, entre los escenarios examinados por los expertos, la combinación de medidas resumidas más arriba es la que conviene adoptar si se quiere luchar seriamente contra el cambio climático. En efecto, es la única que permite cumplir a la vez dos condiciones *sine qua non*, relativas respectivamente a la limitación máxima de los impactos socio-ecológicos del calentamiento y a la justicia Norte-Sur: 1º) mantener la subida de temperatura media en la superficie del globo entre 2 y 2,4º C; 2º) actuar conforme al principio de las “responsabilidades comunes pero diferenciadas”.

En 1996, el Consejo de Ministros de la Unión Europea se había fijado por objetivo no superar los 2º de subida en relación al período pre-industrial. El último informe del GIEC no contempla ya un escenario que permita alcanzar ese objetivo. Éste sigue siendo sin embargo más pertinente que nunca: es así como el cuadro recapitulativo de las consecuencias del calentamiento, en el informe de 2007, muestra claramente que, por encima de 1,7º de subida en relación a 1780 (+1,3º C en relación al presente), los impactos pueden convertirse en muy preocupantes, particularmente en términos de penuria de agua, de producción agrícola y de salud humana [*puede encontrarse un gráfico que resume estos problemas en la página 10 de la edición en castellano del resumen del Informe del GIEC http://www.ipcc.ch/pdf/assessment-report/ar4/syr/ar4_syr_sp.pdf*]. Pero la aceleración del calentamiento es tal que ya no es probablemente posible no superar +2º C. Es pues imperativo adoptar los objetivos de reducción de emisiones más radicales del GIEC, que veremos más adelante, e incluso considerarlos como el mínimo a alcanzar. No hacerlo remite a condenar a centenares de millones de pobres, principalmente en los países pobres, cuando su responsabilidad en el cambio climático es nula o insignificante.

Esto nos lleva a la segunda condición: el respeto del principio de las “*responsabilidades comunes pero diferenciadas*”. Inscrito en la Convención marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CCNUCC, Río 1992), remite al hecho de que los países desarrollados son históricamente responsables en más del 70% de un calentamiento de la atmósfera cuyas principales víctimas son los paí-

ses del Sur. El Norte debe pues no sólo realizar la mayor parte del esfuerzo de reducción de las emisiones, sino también ayudar al Sur a adaptarse a la parte convertida en inevitable de los cambios climáticos y transferirle tecnologías limpias, a fin de que su desarrollo no conlleve una nueva degradación del clima. Es muy importante que estos puntos hayan sido aceptados en la Convención marco. Los países del Sur los defenderán con uñas y dientes pues condicionan su derecho al desarrollo y responden a una exigencia fundamental de justicia en la gestión de la crisis climática.

Volvamos ahora sobre las conclusiones que se derivan del informe 2007 del GIEC y detengámonos sobre sus implicaciones. El gas de efecto invernadero más importante es el dióxido de carbono (CO₂) y la fuente más importante de este gas es la combustión de las energías fósiles (carbón, petróleo, gas natural) a fin de producir electricidad, calor o movimiento. Cuatro elementos deben aquí ser tomados en cuenta: (I) la energía es la condición de todo trabajo, consiguientemente de toda actividad económica; (II) la combustión de los combustibles fósiles proporciona el 80% de la energía consumida a nivel mundial; (III) la subida de las emisiones de gas con efecto invernadero es imputable esencialmente a las emisiones crecientes de CO₂ fósil del sector energético; (IV) las infraestructuras energéticas implican inversiones fuertes, cuya duración de vida es de 30 a 40 años. En estas condiciones, se comprende sin dificultad que los objetivos de reducción a realizar en cuarenta años para salvar el clima de una forma justa para las relaciones Norte-Sur representan un esfuerzo colectivo sin precedentes en la historia de las sociedades humanas. Un esfuerzo tanto más hercúleo en la medida que debe ser realizado a escala mundial, en un contexto dominado por enormes desigualdades de desarrollo.

Tras las declaraciones de intenciones, el desconcierto de los gobiernos

¿Es capaz el capitalismo de aceptar este desafío? Se puede responder de forma empírica constatando: (1) que no lo ha hecho hasta ahora, y (2) que no se prepara para hacerlo. El primer punto no pide largas demostraciones: han pasado cuarenta años desde las primeras advertencias de los científicos y la firma del Protocolo de Kioto, que es ridículamente insuficiente. El segundo punto está hoy un poco más oscurecido por una escalada de declaraciones políticas ambiciosas que parecen mostrar –¡al fin!– una toma de conciencia por parte de los gobiernos. Pero, si se miran de cerca, se constata que hay mucho del dicho al hecho.

Gordon Brown y Barack Obama se han pronunciado recientemente por una reducción del 80% de las emisiones en 2050, pero esto no compromete a mucho. En efecto, si 2050 es terriblemente cercano en el reloj del clima, está muy lejano en el de la política. A partir de ahí, si no está acompañado de un plan concreto, el objetivo más radical puede no tener en la práctica más que una función decorativa.

Durante la campaña presidencial, el nuevo presidente de los EE UU reforzó su programa, pasando súbitamente del 60 al 80% de reducción de las emisiones de aquí a mitad del siglo. Esto le permitió diferenciarse de su rival republicano marcando más claramente la ruptura con G.W. Bush. No podemos más que alegrarnos pero, en los hechos, Washington apuntará a un objetivo mucho más modesto: llevar las emisiones estadounidenses en 2020 a su nivel de 1990. Un esfuerzo no despreciable, ciertamente (-20% aproximadamente en relación al nivel actual)... pero totalmente insuficiente. Estados Unidos, según Kioto, habrían debido, desde 2012, pasar al 5% por debajo del nivel de 1990; en cuanto al cuarto informe del GIEC, ¿debería incitar a los EEUU a alcanzar al menos el 40% de reducción de las emisiones de aquí a 2020! /1.

Gordon Brown irá tras las huellas de Obama: el 80% de reducción en 2050. El inquilino del 10 de Downing Street, no tiene en absoluto idea alguna de la forma en que el Reino Unido podría concretar este compromiso, según la prensa británica. No le echemos la culpa: nadie, entre los economistas liberales, sabe cómo proceder. El grupo de trabajo III del GIEC ha compilado los estudios “*bottom up*” sobre los potenciales económicos de reducción de las emisiones por sector [*puede encontrarse un gráfico en la pág 17 de la URL citada anteriormente*]. Provenientes de la ciencia académica, los autores han procedido según la ideología neoliberal, que quiere que haya paro porque la mano de obra es demasiado cara y demasiado CO₂ en la atmósfera porque el carbono fósil no lo es suficientemente. Han estimado pues la cantidad de gas de efecto invernadero cuya emisión se podría impedir con un coste inferior a 100 dólares la tonelada. En conclusión, la eficacia ecológica se esfuma: al precio de cien dólares la tonelada de CO₂ equivalente, se conseguiría apenas, en 2030, estabilizar la cantidad global de carbono enviado a la atmósfera al nivel de 2000. No es así como la economía mundial logrará reducir sus emisiones del 50 al 85% en 2050. ¿Hay que doblar, triplicar el precio del carbono?/2.

Debatir con los “decrecedores”

El encarecimiento de los combustibles fósiles no salvará tampoco el clima más de lo que la moderación salarial, desde hace treinta años, ha restaurado el pleno empleo. ¿Analogía puramente formal? No, la razón de fondo es la misma: la incapacidad del capitalismo para disminuir la producción de mercancías de otra forma que no sea crisis periódicas que provocan la miseria social y despilfarro de riquezas. Crisis cuya única ventaja, si se puede decir, es disminuir temporalmente la presión sobre el medio ambiente. Salvar el clima necesita una reducción radical de las emisiones de carbono fósil. Suprimir el paro implica una reducción

1/ Para tener en cuenta el hecho de que la economía estadounidense es dos veces más intensiva en combustibles fósiles que su competencia europea, Estados Unidos deben encontrarse en la parte alta del abanico de reducciones (-25% a -40%).

2/ Mil litros de gasoil corresponden a 2,7 toneladas de CO₂.

radical del tiempo de trabajo, sin aumento de las cadencias ni pérdida de salario, con una contratación proporcional. En los dos casos, es la lógica capitalista de acumulación la que está puesta en cuestión.

Este punto de vista invita a la izquierda a modificar su visión de la corriente llamada del “decrecimiento”. En el plano ideológico, la mayor desconfianza es de rigor frente a algunos portavoces de esta corriente que, como Serge Latouche, amalgaman crecimiento y desarrollo, luego desarrollo y capitalismo, para remitirse en definitiva a la “pedagogía de las catástrofes”. En el plano científico, no se puede sino expresar escepticismo frente al “cuarto principio de la termodinámica” imaginado por Nicholas Georgescu-Roegen, para quien el aumento de la entropía (medida del desorden) sería una característica fundamental de la vida, e incluso de la materia. En el plano de la percepción de las realidades sociales, en fin, se trata de desmarcarse de la marcha unilateral de quienes no consideran a los asalariados más que como candidatos al sobreconsumo, cómplices de la destrucción del planeta, y no como productores explotados, cuya acción colectiva es una palanca de cambio.

Lo que no impide que los “decrecedores” tienen razón en un punto importante, que los marxistas aceptan a regañadientes: en los países capitalistas avanzados, la medida prioritaria para proteger el clima no es desarrollar nuevas tecnologías verdes, sino disminuir radicalmente el consumo de energía, y esta disminución implica un decrecimiento de los intercambios de materias entre la humanidad y la naturaleza. En cuanto a los países del Sur, su desarrollo debe ser de un tipo diferente al de los países del Norte, a falta de lo cual tomarán cada vez más el relevo de la destrucción del clima. No basta pues con decir: “crecimiento o decrecimiento, no es la cuestión”. El PIB es ciertamente impropio para la conducción de una política social y ecológica, porque no toma en cuenta más que la cantidad de valor. Su decrecimiento no conlleva la sostenibilidad ecológica lo mismo que su crecimiento no es sinónimo de progreso social. Pero esta constatación no debería ocultar la necesidad de reducir el consumo energético. Sin embargo, esta reducción no es posible únicamente suprimiendo los despilfarros: es preciso además disminuir las extracciones de recursos no renovables, consiguiendo producir menos.

No basta con reemplazar los fósiles por los renovables

El desafío climático aclara bien el problema. El potencial técnico actual de los renovables (solar bajo sus diferentes formas y geotérmica) equivale 7 a 10 veces el consumo mundial de energía. No hay duda alguna de que este potencial es susceptible de aumentar considerablemente con los progresos de las ciencias y de las técnicas. En abstracto, se puede pues imaginar una mutación energética que permitiría salir rápidamente de la era del petróleo, del carbón y del gas. Paradójicamente, este razonamiento funda a la vez las esperanzas de los partidarios de un

capitalismo verde y las proposiciones de una cierta izquierda radical que reduce simplemente la lucha por el clima a la expropiación del capital y al reemplazo de las fuentes fósiles por renovables. Sin embargo, la cuestión es más compleja, debido a la combinación de plazos muy cortos, reducciones terriblemente drásticas, y el cambio profundo que implica el paso a un sistema energético basado exclusivamente en las renovables.

Precisión: se emplea aquí el concepto de “sistema energético” en el sentido amplio definido por Barry Commoner y desarrollado por Jean-Paul Deléage /3: el sistema energético de un modo de producción se caracteriza por las fuentes, los convertidores, el grado de centralización y la eficiencia a los diferentes niveles. La fuente solar es difusa y utilizable bajo diferentes formas que no están todas disponibles en todas las regiones y requieren el empleo de convertidores específicos (eólicos, hidráulicos, paneles térmicos, convertidores de biomasa, paneles fotovoltaicos, etc.). *In fine*, el nuevo sistema energético a construir deberá a la vez ser gestionado centralmente a nivel de las redes (lo que es contrario a la liberalización frenética de los mercados de la energía que causa furor en Europa y en Estados Unidos) y muy descentralizado a nivel de la utilización de las fuentes, del consumo y del mantenimiento. No está excluido que este sistema, una vez puesto en marcha y perfeccionado por los progresos técnicos, se revelará muy eficiente y abra nuevas posibilidades de desarrollo. Pero esta visión futurista no permite resolver los problemas de la transición en un sentido favorable a la vez a los explotados y al medio ambiente. Al contrario, el éxito de la transición desde su punto de vista requiere la deconstrucción de ciertos elementos del sistema, lo que plantea, evidentemente, para la izquierda, la cuestión crucial de la reconversión de los trabajadores que están allí empleados.

Se puede tomar el ejemplo de los transportes, que es característico y pone en evidencia la utilidad de la noción de sistema energético en tanto que concepto global, integrando la agricultura (desde el punto de vista que nos ocupa aquí, en efecto, la agricultura no es más que un conjunto de convertidores de energía luminosa en energía bioquímica). El sector capitalista de los transportes consume anualmente 1.500 millones de toneladas de carburante. La producción de etanol y de biodiesel llega apenas a 20 millones de toneladas. Sin embargo, esta limitada cifra basta para provocar graves degradaciones ecológicas, una ola de apropiación de tierras en los países del Sur (combinada con desplazamientos forzados de comunidades indígenas y campesinas), sin contar con una contribución significativa a la subida de los precios de los productos alimenticios, y consiguientemente a la malnutrición, las enfermedades, etc. Es evidente que esta producción masiva de agrocarburos a partir de cultivos alimenticios debe ser denunciada y combatida vigorosamente. Alterados por la ola de contestación sobre este tema,

3/ Commoner, B. (1976) *The Poverty of Power: Energy and the Economic Crisis*. Nueva York: Knopf.
Deléage J.P et alt. (1992) *Les servitudes de la puissance*. París: Flammarion.
(Hay ediciones en castellano de ambos libros, pero están descatalogadas.)

los responsables capitalistas anuncian que el problema será resuelto próximamente por la producción de agrocarburos de segunda generación (fabricados a partir de la celulosa de las plantas). Pero los proyectos concretos de un gigante petrolero como BP muestran que no hay nada de eso /4. Al contrario, esta nueva rama, que liga los agrocarburos y OGM, puede tener consecuencias aún más terribles, en particular desde el punto de vista de la biodiversidad y de la apropiación de los ecosistemas.

Ecossocialismo

En el mundo capitalista real, la respuesta al cambio climático se concreta en función de las necesidades de valorización de los numerosos capitales concurrentes. Sin embargo, para cobrar una sobreganancia superior a la de sus rivales, cada empresario buscará reemplazar trabajo vivo por máquinas más productivas, de donde se derivarán cantidades cada vez más importantes de mercancías con el objetivo de satisfacer la demanda solvente. Esta lógica de acumulación, productivista, es inseparable del capitalismo. Es la razón fundamental por la cual el cambio climático representa la cuadratura del círculo para este modo de producción. Está claramente obligado a responder a él, pero a su manera, que implicará inevitablemente atacar aún más violentamente a las “*dos únicas fuerzas de toda la riqueza: la tierra y el trabajador*” (Marx). Las y los trabajadores, campesinos y pobres del mundo están así cogidos entre el yunque y el martillo: el calentamiento de que son y serán cada vez más las principales víctimas, y la política climática capitalista que les presenta la factura de una transición energética orientada en función de los imperativos de ganancia.

En este contexto, la perspectiva ecossocialista adquiere un sentido muy concreto. Salvar el clima necesita una reducción radical de las emisiones de gas con efecto invernadero, que corresponda como mínimo a las recomendaciones del GIEC. Esta reducción a su vez implica una disminución de la sobreproducción y del sobreconsumo de bienes materiales en los países ricos (así como la supresión pura y simple de sectores inútiles o nocivos, derrochadores de energía: producción de armas, etc.). Indispensable para el salvamento del clima, este decrecimiento puede ir parejo con una mejora sustancial de las condiciones de existencia y de la calidad de vida del mundo del trabajo, con tres condiciones que están ligadas: (1) la reconversión de los trabajadores y una reducción generalizada e importante del tiempo de trabajo (la media jornada laboral); (2) una redistribución de las riquezas (los ricos menos ricos, los pobres menos pobres); (3) una puesta en cuestión de las relaciones capitalistas de propiedad, en particular en el sector de la energía. Es poco decir que la realización de estas condiciones se enfrenta a dificultades considerables en las correlaciones de fuerzas actuales. Pero el estado de ánimo puede cambiar rápidamente bajo los golpes de la crisis.

4/ Ver en la red las polémicas sobre la creación de la Energy Bioscience Institute, fundado por BP en el campus de la Universidad de Berkeley y financiado por la empresa con unos 500 millones de dólares.

Se ve con la debacle bursátil que, de un día para otro, ha puesto de nuevo al orden del día reivindicaciones como las nacionalizaciones o las expropiaciones. Hay un espacio para intentar influir a favor de planes públicos que combinen la satisfacción de las necesidades sociales y la protección del medio ambiente. Corresponde a los partidarios del ecosocialismo colmarlo con sus propuestas.

Daniel Tanuro es economista.